EL R3FUGIO DEL TI3MPO

PEPE CANTALEJO

EL REFUGIO DEL TIEMPO

© Pepe Cantalejo

ISBN: 978-94-03-62498-3

Email: cantalejo@desacertada.com
https://desacertada.com

Revisión, corrección y sinopsis:
Antonio Luis González Maravert

Imagen cubierta: Emmanuel Lefebvre
https://pixabay.com/es/users/gribouillle-9006195/

EL R3FUGIO DEL TI3MPO

PEPE CANTALEJO

Prefacio

A finales de abril de 2019, cuando terminé «Jota; melodía homicida», decidí tomarme un descanso. Eso le dije a mi buen amigo Tati —también él me aconsejó que lo hiciera—. Tenía en abandono mis clases de música, el jazz y la guitarra quedaron relegados a un tercer plano. Y el primer plano; siempre la familia, también necesitaba de mi atención.

Al poco tiempo, no transcurriría ni una semana, ya me encontraba, nuevamente, frente a la pantalla de mi ordenador. Tenía varios asuntos pendientes.

El primero; retomar el libro de poesías que sigue sin terminar desde que en 2014 me pusiera con él.

El segundo; un nuevo relato de Jota, el que sería su tercer relato, y aún, a finales de este mes de abril de 2020, sigue a la espera. La idea de un tercero me hizo abordar la historia de otro personaje que ya aparecía en la segunda entrega del subinspector; un sicario. Así que me puse a escribir sobre esa novela. Y fue durante el transcurso de esa escritura, cuando se me ocurrió; se me había cruzado una nueva historia, que nada tenía que ver con Jota.

Tenía en mente el nombre de un personaje para el rol principal de la historia, pero no sabía si ella aceptaría. Así que el 22 de junio de 2019 lancé la pregunta en Facebook:

«¿Qué tal te sentaría encontrar tu nombre, encontrarte tú, como personaje de uno de mis libros?».

Y ahí comenzó. Aún no has entrado en la historia, pero ya

está sonando la música[1] con la que comienza esta…

[1] Little black submarines — The Black Keys.

I. ¿DÓNDE ESTOY?

La llegada

Aquel mediodía, de paseo en el antiguo descapotable blanco, se desvió de la vía. Estaba tan cansada que no notó que se salió de la calzada y casi vuelca. En un tris, por aquello del siempre atento instinto de supervivencia, abandonó la pesada dormidera que soportaba desde la pasada madrugada —no pegó ojo en toda la noche— y giró el volante con tal de esquivar el choque y evitar salirse de la carretera secundaria por la que circulaba.

Luego siguió por el camino de tierra, no le quedó más remedio. Y después de varios minutos circulando volvió a estar sometida al cansancio. Cuando, sin darse cuenta, recuperó la perdida realidad, no supo cómo pudo llegar a coger la singular ruta por la que conducía con destino a ningún conocido paraje; ni finca ni cortijo alguno se divisaba, solo arboleda y tierra. Con aquel nuevo desnivel, hasta la vía principal quedó fuera de su vista.

—¡Joder! Ya saldré del camino más adelante. Y si no, pues de retorno y a volver al lugar por donde entré, ¡si es que lo recuerdo! ¡Que esa es otra! —Se quejaba mientras observaba por el retrovisor el polvo que dejaba atrás e impedía ver lo recorrido; como si se tratase de pintadas de pizarra blanca que se van borrando con esa densa nube de moléculas.

La llegada

No era para menos, el polvoriento camino quedaba salpicado por muchos baches y algún que otro saliente. Las maneras de conducir para evitar tales controversias la hicieron mecerse en un vaivén de volantazos; no tuvo más remedio que aminorar la marcha. Reducir la velocidad le proporcionó manejar la visual, y a pesar de que seguía sin tener norte, se sentía complacida por la circunstancia.

Condujo durante varios minutos más con aquella desgana. La sensación que la asaltó fue la de esfumarse de todo lo que la rodeaba. Ese sobrecogimiento provocó el no querer cambiar de sentido. Miraba atrás a cada minuto, como si quisiera dar media vuelta, pero terminó por no cambiar el sentido que le guiaba por la desconocida ruta, igual que cuando un electrón queda atrapado en un campo electromagnético.

Desatendida, y con la firme intención de seguir por donde el camino desconocido la llevase, encendió la radio; la emisora de siempre no se encontraba en el dial.

Buscó y rebuscó; solo interferencias y un sinsentido de tardíos ruidos ocupaban el ambiente sonoro que la radio proporcionaba. De pronto encontró una emisora y ahí la dejó, el locutor hablaba:

—Y después de oír el parte meteorológico para el nuevo día que ha de venir seguiremos con más música —saludó al meteorólogo de la desconocida emisora—. Miguel Coleman Campoamor, dinos cómo será el día de mañana.

—Pues como los anteriores de este mes de marzo, seguiremos con pequeñas lloviznas. El chirimiri de esta última semana nos dará una tregua, al menos por unos días.

—¿Chirimiri? ¿En esta seca provincia? —protestaba mientras miraba al cielo—. Ni una sola nube. Y dice que llevamos con esta lenta llovizna desde hace una semana. Estaría entonces el polvo asentado en la tierra, y no levantaría esta polvareda que voy dejando atrás. ¿Pero cuál emisora es esta? O mejor dicho

I. ¿Dónde estoy?

—volvía a quejarse—, ¿desde dónde coño emitirá?

—Y ahora, uno de los éxitos del momento. —seguía la locución radiofónica—. Ya van cuatro semanas en lo alto de las listas de ventas: Proyecto Quercus, con su tema «delito».

La mujer calló, le extrañó aquello, fue la primera vez que escuchaba el nombre de aquel grupo. La música comenzó y, tras la primera rueda de acordes, con tónica en La menor séptima, el tempo aceleró y la voz se escuchó:

«Si venías por la izquierda,
no te adentres por allá,
esta es la única izquierda,
donde los duros atajos
del amanecer se estrechan
y surge un nuevo delito
a cada paso que das,
pero no podrás parar.
Y, a cada trago
brotará un nuevo delito.
Si escupiste a las piedras
de nuevo te equivocaste
Férreas se mantienen ellas
… ».

La música era pegadiza, aun así, realizó una nueva búsqueda de emisoras en la vieja radio, y tras llegar al final del dial retrocedió hasta sintonizar aquella misma emisora, la única que el viejo aparato alcanzaba a transmitir.

—¡Qué coño! —Nuevamente se quejó ante otra desconocida propuesta musical que ofrecía la emisora; Ricardo

Iorio y su «Allá en Tilcara[2]»—. Otro tema que oigo por primera vez. ¿Emisora local? ¿O se trata de un programa de grupos emergentes? —De inmediato la divisó. Allí, a su izquierda, la grandiosa finca.

—¡Joder! Ya era hora de llegar al final del camino. —Contempló todo aquel amplio horizonte—. ¡Pedazo de finca! Parece del siglo pasado.

El aspecto de la finca delataba, al menos así lo pretendía, su antigüedad. Un portón enorme de madera de nogal con grandes visillos de cristal rugoso y opaco. La puerta, de dos hojas, superaba la altura de los 250 centímetros, casi cuadrada con sus 220 de anchura. El porche ocupaba toda la ancha fachada de la enorme casa de madera de acacia tallada, pero con poco o ningún relieve.

El cerro donde quedaba enclavada se alzaba como una majestuosa meseta sobre la áspera tierra que ahora sí parecía estar húmeda. Al este y al oeste de la vivienda, y cercanas a aquella, varias hileras de enormes y perennes eucaliptos se mostraban firmes, como sembrados adrede para ofrecer sombra en verano y cobijo ante el impasible viento que soplaba en lo alto de aquel cerro. Por demás, la casa quedaba rodeada de tierras de labranza, mas sin sembrar. Detuvo el descapotable y volvió a mirar hacia la finca.

—¡Ostia! Si esto parece sacado de un culebrón mexicano. —Por más que miraba no llegaba a alcanzar cómo aquello estaba allí; parecía sacado de la nada.

—¿Pero dónde coño estoy? ¿De dónde ha salido esto? Si parece que estemos en Tabernas con su mirada al lejano oeste —una nueva queja cargada de gran incredulidad la hacían creerse que allí se hallaba; en la nada. Pero allí seguía, no

---

[2] Allá en Tilcara — Ricardo Iorio.

podía ignorar la visión—. ¿Estoy soñando? —Miró hacia la casa, hacia el amplio terreno y hacia los árboles por donde vino—. ¡Qué coño! ¡Si no se vislumbra el olivar! ¡Voy a tener que dar la vuelta!

Sin embargo, la curiosidad, como una infección, fue mayor que las ganas de emprender cualquier regreso. La impresionante construcción, con los enormes árboles a ambos lados, no dejaba de sorprenderla. Su perplejidad, marcada en su rostro, hacía indicar que se sentía atrapada en algún sueño.

—¡Qué alguien me pellizque, estoy soñando! —Anduvo con dirección a la casona. Parecía sostener la firme intención de entrar.

—Imagínate chica —hablaba consigo misma—. Una casa de aquellas, de alguna de las películas de Clark Gable, en aquella llanura africana, matando mosquitos a tortazos y con el enorme ventilador girando lentamente, agarrado al techo de madera del salón por el que sale la escalera que conduce al piso superior.

»Y el hermoso y fuerte galán sonriendo. ¡Ya lo veo! En primer lugar, me mostraría la hacienda; las plantaciones de tabaco, la yeguada con sus caballos y la elección de poder subir a uno de ellos para recorrer la interminable llanura. Y después, me subiría a una de las alcobas. —De pronto dejó el monólogo, despertó del sueño aquel del que hablaba, y se giró.

—¡Vaya! Una llanura; grande, amplia, vasta en extensión, vasta en desolación. —Ni una sola diminuta plantación pudo observar.

Desértico todo, salvo los verdes eucaliptos y un pequeño enjambre de plantas silvestres que, como un reflejo, quedaba cercano al coche. No prestó mayor atención.

La llegada

—¡No comprendo nada! —negaba con gestos de decepción —. Todo esto se muestra tan inhóspito, aunque el suelo parece estar algo húmedo y puede sentirse ese olor a tierra mojada. ¿Y dice el tipo del parte meteorológico que lleva toda la semana cayendo una fina capa de agua? Está claro que la emisora no habla de esta localidad. —De nuevo dirigió su mirada al enorme pórtico.

—¿Y si me vigilan? Será mejor dar un rodeo por las afueras de la casa, alguien habrá. —Comenzó a rodearla. Anduvo durante unos veinte minutos en torno a aquella mansión de madera—. Nadie fuera. Ninguna señal de aperos. —Volvió a detenerse—. No creo que todos estén adentro. Aunque todo pudiera ser, pues no hay nada más donde detenerse para prestar atención. Ni un simple huerto para las necesidades personales de alimentación del casero que ocupe y mantenga la finca, solo aquellas floras salvajes.

Casi había dado la vuelta completa. Se encontraba como el reloj cuando la pequeña manecilla es arrastrada hasta la meta de las doce por el minutero, señalando otra vez a las «en punto». El giro la acercó a la altura del descapotable blanco, hasta que lo vio.

—¡En serio! Esto parece sacado de otra época. ¿Cómo no lo vi nunca antes, y cómo jamás oí hablar de este peculiar lugar? ¡Penrose! —Se acercó al coche, metió la mano en la guantera, sacó su teléfono móvil y activó el GPS.

—¡Nada! ¡Qué no funciona el navegador! —Una nueva queja pronunció a media voz—. Sin cobertura o yo qué sé. —Se aproximó al mojón, número LUXX103-119—. A ver ahora el tiempo que tardaré en regresar al desvío. Y la curiosidad por entrar me sigue llamando. —Y otra vez cogió su dispositivo, lo reinició y volvió a buscar un plano que le mostrase su localización.

I. ¿Dónde estoy?

#

—¡Maldita sea! ¡Cosa más rara!

—¿Se dirige usted a mí? —Alguien le respondió.

La mujer que pilotó hasta allí el viejo descapotable hacía esfuerzos por encontrar al dueño de aquella voz. De pronto lo vio, junto a la linde floral, de rodillas y manipulando las flores de los campestres arbustos frutales; grosellas, arándanos morados, fresas y frambuesas. Allí estaba él.

—¿Qué pintan estas silvestres plantas afrutadas en medio de estos campos?

—Se llama biodiversidad —respondió el jardinero.

Vestía con infrecuente atuendo; parecido al apicultor, pero libre de esa ropa blanca de pana que evita que las abejas le piquen durante la época de castración de la colmena.

Beatriz, la piloto del viejo descapotable, de color blanco roto y desgastado por largos rayos de sol que durante todos los años le radiaron, se quedó sin nada que entonar bajo su perdida mirada.

Lo miraba de arriba abajo; un pantalón de algodón orgánico en color beis, y con unas líneas oscuras que remataban cada uno de los simétricos cuadros que el hilo dibujaba sobre la tela.

Una camisa abrochada, también a cuadros, esta vez los ángulos sobre las rectas aparecían dibujados en fino rojo bajo un fondo blanco —mezclado con un 1,5 % de ocre— dando a la blusa el aspecto de tono grisáceo vainilla. Sus desnudas manos estaban manchadas de tierra, con arañazos en los nudillos, tanto como lo estaba su cuello. Su aspecto le confería un aire de misterio, tanto como su cabeza que quedaba oculta

tras el sombrero de apicultor.

—No, no hablo de las plantas. Hablo de tan original apicultor con esas zapatillas negras que poco o nada combinan con el traje de jardinero —respondió vencida por el encontronazo. No esperaba a nadie a su alrededor.

—No obstante, usted ha mencionado la flora, y no ha mostrado rareza alguna por la fauna.

—¡Bueno! —exclamó la mujer de pelo castaño claro y rizado—. ¡Dejémoslo así! Ya me voy. —Dio un salto y pasó por encima de la puerta del auto, se sentó en el asiento, giró la llave hasta la posición de contacto, y cuando se disponía a arrancar el motor la pillaron por sorpresa.

—¿Adónde cree que va tan aprisa? —Guadalupe Cantalejo Caballero le habló mientras saboreaba la última galleta de avena que vino a probar en aquella cálida sobremesa—. Si piensa coger un atajo; sé lo que dice el refrán, pero en esta ocasión todavía no sabe qué tal puede ser su dicha.

—¿Cómo dice? —respondió Beatriz mientras Rocío Delgado Cantalejo, a cuestas con su bebé, le apuntaba con un pequeño revolver de cañón corto y tambor liso, salvo por unas pequeñas muecas—. Es la primera vez que veo esa peculiar pistola. Y también es la primera vez que existe un manifiesto de detención hacia mi persona. Detención que se producirá sin ni siquiera ser advertida por no sé quiénes, y sin haber cometido, en apariencia, delito alguno.

—¡Baje de una vez del auto! —ordenó Guadalupe Cantalejo. Ambas quedaron eclipsadas, la una de la otra, bajo la inquietud de la nueva aparición del viejo descapotable; el mismo que otras veces hubiere cogido la ramificación de la carretera secundaria. Mientras tanto, Rocío seguía apuntado con la descargada arma—. ¡No tengo ganas de perder todo el día con usted! Jugando a este juego sin sentido.

I. ¿Dónde estoy?

—¡Tranquila! ¡Usted gana! —Beatriz levantó las manos y quedó medio muda ante la falsa amenaza.

—¿Quién dice que es, y cómo se llama? —inquirió Guadalupe Cantalejo.

—Mi nombre es Beatriz —soltó la del cabello rizado.

—¿Beatriz? Seguro que hay más de alguna Beatriz por estos y aquellos lares —volvió a inquirir la impetuosa mujer.

—Beatriz Jiménez —replicó desnortada.

—Sigue pareciéndome un nombre, difuso, incompleto. —Esta vez intervino Tamara Castillo Cantalejo, modista y profetisa de afición.

—¡Vale! ¡De acuerdo! ¡Tú ganas! Mi nombre completo es Beatriz Jiménez Martínez.

—¡Eso ya está mucho mejor! —lanzó con gran satisfacción la modista.

—¡Por supuesto que sí! —afirmó Guadalupe Cantalejo, su tía—. ¿Qué has venido a hacer a este plácido lugar?

—Me salí del camino y cogí una ruta alternativa. —Miraba al cielo a la par que hablaba—. Y aquí me hallo ahora. Pero ya me iba.

—¡No tan rauda! —Se producía una nueva exclamación. Esta vez llevada a cabo por la altísima Rocío, mientras dejaba de apuntar contra Beatriz a la par que se desabrochaba la obertura de la parte superior del vestido fucsia para darle de amamantar a su criatura—. ¿Acaso crees que podrás salir de aquí con ese viejo coche?

—¡Es cierto! No podré hacerlo. —La situación, a vista de Beatriz, era totalmente disparatada—. Apenas tengo combustible. Dígame, ¿algún surtidor por aquí?

—No respondiste a la pregunta que te hice —soltó de sopetón y con gran impaciencia Guadalupe Cantalejo.

—Sí lo hice, pretendía pasear por la carretera. Cogí mi

antiguo descapotable y me puse en marcha. El destino me ha traído hasta aquí. —La rotundidad con la que hablaba la del pelo rizado no daba motivos para levantar sospechas ni suspicacias.

—¡Claro! Tu viejo descapotable blanco. ¡Ya! —protestaba con saña Tamara—. ¿Coincidencia, casualidad? ¡Dinos!

—¡No comprendo nada! ¡No sé qué hice de malo! ¿Salirme de la SE-7200? —Atónita seguía la que condujo el descapotable hasta ese punto.

—¡Vale! Has venido hasta aquí sin propósito alguno, seguro que algún interés tendrás. ¿Qué puedes aportarnos?

Tamara preguntó con el beneplácito de su tía mientras intercambiaba sensaciones y miradas con la forastera. Beatriz prestó atención hacia las manos de Tamara; sus uñas eran coloridas y todas diferentes, como pasajes a modo de capítulos de una misma historia.

—Necesitaré más tiempo para poder descifrar tus misterios —se le escapó.

—¿Pretendes decirnos que eres policía? —dejó caer Guadalupe Cantalejo—. ¡O puede que investigadora! —Tamara quiso hablar, mas su tía le hizo gestos para que se quedara en silencio, su sobrina obedeció.

—¡Pues sí, lo soy! —dijo con gran vehemencia. Rocío se echó a reír, pero de inmediato, y ante otro nuevo gesto de su tía, también se calló.

—¡Imposible! —dijo con calma Guadalupe Cantalejo; hablaba por todas—. De ser así lo sabría. ¡Sobrinas, registradla! —Beatriz alzó los brazos y con voz pasiva se prestó al cacheo.

—Mi arma reglamentaria está debajo de mi axila derecha y mi placa en el bolsillo derecho del pantalón, en el trasero.

—¡Bonitos senos y qué apretado culo tienes! —propinó la

dulce Tamara, embutida en su cometido de modista—. Gustarás mucho al barman.

—Y también a la doctora —añadió su prima Rocío.

Los gestos y apariencia de Beatriz las llevó a pensar que ya sabía lo de su culo prieto y lo de sus redondos pechos. Y todo esto bajo la mirada de indiferencia del jardinero, quien todavía no se había pronunciado. En este instante lo hizo.

—¿Podéis ser cautas? No hay quien se concentre con las flores cuando os enfrascáis en vuestras retahílas.

—Jardinero —se le dirigió Guadalupe Cantalejo—, nadie te ha pedido que presencies la escena. Eres libre de irte cuando gustes o, por el contrario, permanecer callado. Sigue con tus flores y frutas salvajes, con esa bella biodiversidad de insectos, roedores y reptiles. Y deja ya de entrometerte en asuntos ajenos.

—¡Usted gana! ¡Ya me voy! —pronunció con gran desgana el tipo.

Abrió su petaca metálica, la cual tenía una serigrafía que Beatriz no pudo apreciar con claridad, y dio un trago de Mezcal, después se fue con su triste caminar mientras clavaba su mirada en la bebé; Martina, y en su madre; Rocío. La altísima madre lanzó un gesto de desprecio.

Luego, en cuanto el jardinero se giró, su semblante se volvió opaco y triste. Miraba a su bebé a la par que la acariciaba. Toda aquella situación parecía difusa ante las atónitas y redondas córneas de la policía, detective, o lo que quiera que fuese la tal Beatriz. No comprendía bien cuál era el enredo. De modo que no le quedó más que aceptar la partida y seguir el juego a las mujeres.

—¿Puedo, entonces, subirme a mi coche e irme de aquí de una vez? Prometo no volver a molestar en este término.

—Olvidas dos cosas; joven. —Guadalupe Cantalejo

extendió la mano y Tamara posó sobre aquella la placa de policía de Beatriz. La pistola se la prestó a su prima, quien la guardó—. La primera; el auto, como de costumbre, estará sin combustible. Por tanto, tardarás en irte. La segunda y más importante; quedas detenida.

La que dijo ser agente de policía poco crédito daba a los enunciados. Pronto, a juzgar por su semblante, un pensamiento le rondó por la mente. Y al ver que sus opresoras lo esperaban lo dijo:

—¿Como de costumbre está sin combustible? ¿Cuándo coño he estado yo por aquí? ¿Y detenida? ¿De qué se me acusa? ¿De tener el depósito en reserva?

—No pronuncies con tanto desprecio, querida. —Rocío, con sus 190 centímetros de altura cuando va descalza, se le acercó a la par que apretó los dientes mientras daba dulces palmaditas en la espalda de su bebé—. En Penrose no toleramos bien la falta de respeto. —La intimidación surtió efecto, no era para menos.

—Pido disculpas si he ofendido a alguien —acertó a decir —, aunque sigo sin saber de qué se me acusa.

—Posesión ilícita de armas y falsa identidad —dijo con gran dureza Guadalupe Cantalejo—. Aún más falsa que esta placa que llevas. —Y la arrojó al suelo. Esta vez fue Beatriz quien apretó los dientes, mantuvo ese espléndido tipo que tiene por cuerpo y nuevamente miró a las nubes, como si aquellas pudieran proporcionarle una nueva estrategia. Y de manera equivocada surgió.

—¿Y quién me juzgará?

—¡Querida farsante de nalgas prietas! ¡Aquí mando yo! —dijo con rotunda firmeza Guadalupe Cantalejo—. Aquí yo represento a la justicia. ¡Yo soy la justicia!

—¿Y no se me concederá un juicio justo, ni una defensa?

I. ¿Dónde estoy?

—Por supuesto que sí. Niñas, avisad a la doctora —ojeó a Beatriz con gran descaro—. ¿Policía dices? ¿Con esa ropa de tío? Con lo mona que eres y ese aspecto de hombre. ¡Qué pena!

Beatriz extendió las manos, como si se encontrase bajo una locura transitoria, su mímica decía:

«¿Pero qué me estás contando? ¿Acaso voy mal vestida?».

Las galletas

Minutos antes de acudir al encuentro, Guadalupe Cantalejo Caballero, una de las pineas[3], leía la séptima carta que aquel día le fue entregada.

«¿Cómo evoluciona la tragedia?

Querida Lupe, ya desterrada de mí, esta será la última carta que te escribiré, ando un poco harto del juego de tu desprecio al que me has sometido. Ya verás cómo, sin que yo intervenga, y a pesar de que nunca conseguiré ese acercamiento que anhelé mucho tiempo atrás, no podrás olvidarme. Siempre se mantendrán, en tu recuerdo, mis letras. Las de esta carta y las anteriores. Una parte de mí forma parte de ti.

Seguiré marcando las pautas para que no cometas el mismo error; el de olvidarme otra vez. Ahora, con cada nuevo acto, cada vez que te mires al espejo, cada vez que despiertes o que sigas bajo ese envenenado sueño placentero en el que te encuentras, tendrás que recordarme. Y sí, es posible que ahora quieras retomar aquella lejana conversación que pudimos tener. No te esfuerces, todo tiene su momento, y el nuestro ya pasó. Pero eso no significa que yo lo haya olvidado, ni tampoco perdonado.

---

[3] Pinea o pineas: Apodo familiar que en el pueblo recibía la familia Cantalejo.

La semilla del rencor sigue en mí, y sembrándola seguiré en tu camino para que la pises por dondequiera que vayas. Tu sueño no será relajado, ni apaciguado. Sufrirás tanto como yo, y eso, a mi nuevo modo de entender las cosas, es como si estuviésemos enamorados, porque negativo por negativo da como resultado algo positivo. Enamorado; sentimientos de apego y deseos. Realmente su significado no parece dictar mucho de su contrario; el odio (aunque esta palabra siempre puede tener otras acepciones).

Odio es lo que vi en tu mirada; tu ignorancia hacia mis letras, ese defecto de deseo que siempre me ofreciste. Despierta, ahora soy yo quien juega con ese significado. Antes te amaba por que sí, y ahora es por que no. Ahora te amo porque me odias, Y seguirás odiándome porque te quise. Por eso tuve que cambiar de estrategia; el mal engendra al mal, el odio solo engendra odio, y La violencia solo crea más violencia.

Asesinato, mutilación, violencia; todas, en mayor o menor medida, forman parte de un mismo verbo: Daño. El mismo que me has causado con tu desprecio. No olvides que todo surgió de un sentimiento de desapego que tuviste para conmigo, algo que nunca merecí, pues solo quise estar a tu lado para ayudarte a enfrentar tus temores. Tal vez fueron aquellos los que te hicieron no aferrarte a la fe que un día depositaste en mí. Ya, visto desde la distancia y bajo la bandera de la sentencia a la que fuiste condenada, nada importa…

Despierta y dime, ¿cómo combatirás todo ese sentimiento que te embriagará por siempre?».

# #

—¡Tía! —le habló Tamara—. ¿Viste a esa? Está merodeando por la hacienda. ¿No te resulta un tanto extraño?

Terminó por leer la carta y sin más la despreció, tal y como hizo con las seis cartas anteriores. Más tarde la escondería en uno de los cajones de la cocina, donde guardaba sus preciadas galletas.

—¡A ver! —Guadalupe Cantalejo se aproximó a la ventana de la enorme casona y observó los gestos de aquella perdida mujer de pelo rizado—. ¿Quién dices? —Miró por otra ventana, la que, desde la habitación de la planta baja de la casa y que justo se postraba a la derecha del enorme pórtico, daba al frente de la desértica llanura y encontró el antiguo descapotable—. Esta mujer parece un poco desorientada, aunque pudiera ser que pretendiese robar.

—¿Tú crees, tía?

—¡Claro que no! ¡Viene en el descapotable! Eso sí, parece estar más destartalado que de costumbre —respondía mientras le daba vuelta a la última de las tres galletas de avena que cada día, y después del almuerzo, saboreaba—. ¡Presto! Avisa a tu prima.

Tamara obedeció y pronto, su prima Rocío, aterrizaba en el piso inferior de aquella casa de madera, dispuesta y preparada para la acción con su nueva arma corta de tambor, bien cargada, y con ganas de disparar a cualquier cosa que se moviera o no, esa cuestión le daba igual; lo suyo era aquello tan antiguo: Castigar. Mientras tanto, Tamara bajaba las escaleras tocando las palmas al ritmo de la canción del Mercedes blanco[4] a la par que cantaba la letra.

—¿Dónde vas así, sobrina, con tu bebé a cuestas?

—¡Qué quieres tía! Es hora de mamar, y he de hacerlo, es mi responsabilidad —se defendía mientras enfundaba el arma

---

[4] En un Mercedes blanco — Kiko Veneno.

—. No quiero que el día de mañana mi hija me reproche que la dejé sola y sin respetar la hora de la toma porque el viejo descapotable volvió con una mujer al volante.

—¡Qué bonita, prima! —exclamó Tamara enfundada en su papel de modista.

—¡A qué sí! —dejó caer con orgullo Rocío y pose erecta—. ¡Mi hija es perfecta!

—Sí, la niña también, pero hablo de tu nueva y flamante pistola.

—¡Sí! También es perfecta. —Volvió a desenfundarla—. Fue fabricada especialmente para mí. Nada de aleaciones, todo pureza en materiales, y no desafina para nada. Eva Márquez Herzog es simplemente genial.

—La tendrás descargada, ¿cierto? —preguntó su tía—. No será necesario su uso. No en esta ocasión.

—¡Está bien! La descargo ya —dijo con gran pesar mientras bajaba sus hombros a modo de disconformidad a la par que le tocaba el pie a su vástago—. Lo siento, Martina, hija mía —le decía a su bebé mientras extraía las balas del tambor—. En otro momento podrás oír su retroceso y cómo el tambor se gira cada vez que una bala sale a silbar. —Y volvió a enfundarla.

—¿Quién podrá ser esta vez? —señalaba con su contrariada mirada Guadalupe Cantalejo.

—¿Esta vez tía? —preguntó Tamara con voz de incredulidad mientras contaba sobre sus hermosas uñas.

Siempre comenzaba con la mano derecha, desde el meñique al pulgar. La mano en posición pianística y así, con el índice de su izquierda, se tocaba cada una de las falanges de la derecha. Iba bajando el dedo, como si de pisar teclas se tratase. Luego hacía lo mismo con su otra mano, pero en aquello no había dedo con el que se tocase, solo su mirada bastaba. Al instante dejó de tararear el clásico de Kiko Veneno

y volvió a preguntar:

—¿A qué te refieres?

—El descapotable está ahí, posado. ¡Otra vez! —se apresuró a responder su tía que todavía andaba con su galimatías de ingesta y sabor.

—¡Otra vez! —exclamó Tamara mientras seguía contando—. ¿De qué se tratará en esta ocasión? ¿Cuál será el misterio a resolver?

—Habrá que seguir las migajas y buscarle el sentido a algo que no lo tiene. Querida sobrina.

—¿Y por qué siempre llegan en ese mismo descapotable? ¡Eso sí que es de extrañar!

—No tiene por qué ser motivo alguno para suponer una rareza, prima —se interpuso Rocío—. Es como cuando un nuevo ser viene al mundo, siempre llega igual: por el coño de su madre.

—¡Emocionante! —dejó caer Guadalupe Cantalejo—. Es la primera vez que le toca el turno a una mujer. El hecho se merece el saborear una nueva galleta de avena.

—¡Ocho vueltas! —exclamó Tamara.

—Prima, ¿qué dices? —se sorprendió la castigadora—. Veo que te ha afectado esa faldita blanca de vuelo que tienes puesta.

—¡No, para nada! —se defendía de tal propuesta—. Ocho vueltas conté hasta que nuestra tía comentó lo de pretender comerse otra galleta de avena.

Guadalupe Cantalejo pasó por alto el comentario, seguía con el influjo de aquella repentina jugarreta —por primera vez una mujer al volante—. A ambas sobrinas les extrañó que no hubiera ninguna reprimenda por el malsonante «Coño».

«¡No seas insolente, niña! No hace falta responder con una fea palabra», soltaba la tía cada vez que en su presencia se

pronunciaba un vocablo inapropiado. «Aunque no se estuviera mintiendo; un taco es un taco, y puede ser evitado».

—¿Una cuarta galleta, tía? —preguntó Tamara a fin de romper con aquel recuerdo de reprimenda.

—La ocasión así lo requiere, querida sobrina.

Y tan pancha se fue hasta el mueble para extraer una nueva y deliciosa galleta de avena de la caja metálica con forma de cilindro y que tenía marcada con tinta imborrable la palabra «Delicias». Cosa desastrosa para su coqueta sobrina Tamara, quien se hubiera prestado con gran alegría para haber realizado un mejor diseño a la caja, pero Guadalupe Cantalejo siempre fue bien sencilla y práctica.

—¡Está bien! Preparaos para salir —ordenó la jueza—. Y por cierto, hubo quién vino por el río; no todos vienen subidos en esa reliquia de descapotable.

—¡Maldita sea! —Apretó otra vez los dientes Rocío—. Recuerda, Martina, hija mía: «Al verdugo ni mirarlo, con eso tiene bastante».

—¿De qué hablas prima?

La de las uñas pintadas trataba ahora de hilar. Creyó que se había saltado alguna parte de la conversación. No comprendía qué tenía que ver Ríos con un verdugo, no para su prima.

—¿No lo veis allí? El insufrible jardinero.

—Ya sabes que no pretende hacer ningún daño —intentó tranquilizarla su tía—. Solo quiere verla.

—Si no hubiera sido tan desagradable en aquel hermoso día… —Con gran pesar resoplaba la chica de la flamante pistola—. Pero lo hizo.

—Es algo que tendrás que superar o resolver, sobrina, pero a su debido tiempo —quiso apaciguar su tía—. Centrémonos ahora en resolver la cuestión que nos ocupa. ¿Qué pensáis?

# #

Guadalupe Cantalejo comenzó a saborear la cuarta y última galleta que degustaría en aquella singular tarde. Ambas sobrinas sabían que hasta que no la devorase por completo no saldrían de la amplia vivienda. También conocían, por descontado, que a la jueza aquella cata le llevaría varios minutos. La parsimonia le acompañaba en todo momento, pero en especial a la hora de comer, aunque fuese una simple galleta.

—Lo más correcto sería salir para hablar con ella —se adelantó Tamara—, y así saber a qué vino, a qué se dedica y hasta cuándo se quedará. Aunque lo más probable es que todavía no pueda darnos esas respuestas. Quizás aún no lo sepa nadie, ni siquiera ella.

—No lo sabe nadie —apostillaba su prima Rocío.

—¿Hablar con ella, decís? —Guadalupe Cantalejo preguntó con gran desprecio—. ¿Habéis visto qué atuendo nos trae?

—¡Vaya tipa! —al unísono cantaron las dos primas—. ¿Cómo se le ocurre ir con esos pantalones de hombre?

—Tía, ¿ahora qué susurras? —preguntó extrañada la gran observadora; Tamara, mientras contemplaba los dibujos de sus uñas.

—Pues lo mismo que tú mientras te miras tus uñas. Sí, también soy buena observadora. ¡Lo sabes!

Efectivamente, la modista siempre estaba pendiente de sus uñas, casi a diario se las pintaba. Aquellas siempre quedaban bajo la sumisa elucubración que le rondaba por la cabeza en cualquier oportuno momento.

Aquella mañana, como si de una sonámbula se tratase,

cogió el disolvente y se limpió los restos de pintura del día anterior cuando se dibujó unas flores diferentes en cada una de sus uñas. Las actuales —desde aquel tris, cuando Beatriz llegó en el impactante descapotable— presentaban un pasaje no bíblico, pero sí profético. En su mano izquierda; el pulgar mostraba un capó blanco y alargado, el índice una galleta en forma de ocho, el medio una estrella de cinco puntas, el anular una recta en un mapa, y en el meñique una ciega que porta una balanza. En la mano derecha, y comenzando también por el pulgar; un vestido con una puerta de fondo, una sirena en señal de alarma, un martillo de madera destrozado, un ataúd abierto, y por último, en el otro meñique, un interrogante: La incógnita a resolver.

Así, cuando Beatriz extendió las manos, con su mímica decía: «¿Pero qué me estás contando?, ¿acaso voy mal vestida?», y con sus gestos indicaba que no daba crédito a aquellas insinuaciones que lanzaba la mujer de tan alta estatura.

—¿Con esa ropa de tío? ¿Acaso voy mal vestida?

Con la boca abierta y mirándose por delante sus hermosos atributos femeninos que medio ocultos quedaban tras los ajustados pantalones blancos. Desde su cintura hasta sus pies pasaba sus desnudas y cálidas manos sobre la prenda. Buscaba alguna arruga; no la encontró.

—Pues no le veo nada malo a mi estupendísima ropa. —Luego giraba el cuello y mostraba su sonrisa al ver lo apretado y hermoso que lucía el redondo trasero que escondía bajo la tejana prenda.

—¡Normal! ¿Cómo si no ibas a llegar en el descapotable blanco? —soltó con desprecio Tamara.

—¿Qué tendrá que ver una cosa con la otra? —La investigadora o policía, tal cuestión quedó en el patidifuso ambiente, eludió el enfrentamiento—. ¡No sé por qué os hago

caso! Al jardinero no le ha parecido mal mi ropa; no me ha puesto ni un pero.

—¡Y ese qué sabrá! —Rocío puso cara de desagradecida cuando habló del jardinero—. Siempre suele confundirse y termina por dejar las flores estropeadas y arrancar las buenas. ¡Pobres abejas!

—Esta situación me parece absurda —suspiró Beatriz—. Pintáis calva la escena, y para nada es así.

—¿Inspectora o detective? —rompió el hielo la jueza.

—Más bien agente de policía. —Realmente no quiso hablar de su categoría—. No soy inspectora, y detective es otra cosa, pero creo que eso ya lo sabe usted, doña jueza.

—Una placa falsa, ahora una opinión burlesca hacia mi persona, encima viste con pantalones, y con ese leve tambaleo. ¿Se habrá dado algún golpe? Definitivamente, esta mujer no es ningún peligro.

—¿Cómo que no, tía? —Rocío aprovechó la ocasión para meter algo de cizaña y provocar que su tía, la jueza, cambiase de actitud—. Una peligrosa farsante veo delante de mí. Seguro que no viene para quedarse quieta, ya viste los dibujos de mi prima.

—¡Por favor! ¡Aclárense de una vez! ¡Sí! —Beatriz se encontraba muy extraviada con tantas idas y venidas—. Ora que si falsa, ora que si policía. Y para colmo, además de buscar una provocación con mi atuendo, va a resultar que voy algo mareada. Yo les mostré mis credenciales y todavía no sé, ni siquiera, cómo se llaman. ¡Identifíquense de una vez!

—Definitivamente estás en lo cierto, querida sobrina. Esta mujer supone una gran amenaza. Primero habrá que llevarla al calabozo para después proceder a juzgarla, pero antes hay que examinarla. Llevadla a ante la doctora.

—¿Qué doctora? ¿Y para qué?

—La doctora Lola Domínguez Escobar —respondió la jueza—. ¿Y para qué va a ser? Para que te analice, si te parece normal vestir con pantalón y venir con esa oscilación que tienes no puedes estar muy bien de la azotea. O quién sabe, igual portas una enfermedad incurable.

—¿Incurable? —preguntó la incrédula y furiosa agente.

—¡Claro, incurable! —le espetó Rocío—. Como estar o ser una atontada. Posiblemente te haya afectado el paseo. O tal vez, ya tuvieras esas neuronas, víctimas de tu naufragio, rumbo a la deriva.

—¡Larga, qué poca gracia tienes! —dejó caer Beatriz; la mejor defensa es un buen ataque, siempre—. Espero que tus chistes no sean tan espigados como tú.

—¡Ja, ja, ja! —rio la alta fémina—. ¡Vaya tela con la putita esta!

—¿Cómo coño me llamaste?

—¡Ya está bien! —Guadalupe Cantalejo se enojó al oír el insulto—. Tamara Castillo Cantalejo, acompaña a la detenida hasta las dependencias de la doctora Lola Domínguez Escobar.

—De acuerdo, tía. Procedo. —La esposó y marcharon mientras la jueza retenía a su otra sobrina.

—¡Rocío Delgado Cantalejo! Ese insulto no vino a cuento. Una cosa es que se le coloque el calificativo de tonta, y otra bien distinta es llamarla puta. ¿Tanto te cuesta mantenerte en tu posición defensiva sin tener que llegar a la ofensa?

—¡Lo siento, tía! —se disculpaba la altísima mujer—. ¡No volverá a ocurrir!

—No lo creo, eres así. Pero al menos, cuando estés delante de mí, y de tu hija, intenta mantener esos modales que tienes. Ella no tiene la culpa de tu desdén —la jueza no habló más a propósito de aquel asunto. Marchó a paso ligero en busca de Tamara y de la presa.

—Mejor por aquí —le señaló su sobrina Rocío mientras seguía amamantando a su bebé—. Mi prima tiene la tardía costumbre de dar un rodeo para enseñar la finca a las visitas, además del camino y el pueblo. Tardarán un buen rato en llegar hasta la casa de la doctora. —Rocío sabía bien de lo que hablaba; a su prima le encantaban las curvas y siluetas, así que las seguía hasta para caminar. Jamás le gustó lo de coger el trayecto más corto, pues significaba ser el más recto; cosa que odiaba y la enfurecía.

—Tienes razón, sobrina, bajemos por donde dices.

—¡Bien! Así podremos pararnos a tomar unos cafés —pronunció Rocío a la par que se maqueaba el flequillo. Y mientras bajaban por el lado más corto, como cuando sopla el viento de poniente, Rocío intuyó que Guadalupe Cantalejo no dejaba de darle vueltas a aquel vendaval que minutos antes trajo a Beatriz—. ¿En qué piensas, tía?

—En averiguar cuál sería el motivo, o necesidad, de que llegase a Penrose una inspectora o similar. Nos dijo su profesión…

Seguían camino al pueblo para la cita con la doctora, y después de haber mantenido el encuentro con la extraña vecina que llegó en el viejo auto, hablaba de lo que su mente le contaba.

—¿Una policía? Resulta confuso, cada vez que alguien llega a este pequeño pueblo, y lo hace mediante el mismo y antiguo descapotable, es por un asunto que acontecerá, pero qué será; ¿un crimen? —Rocío le prestaba atención. Ambas parecían intentar atar los cabos de aquella nueva llegada.

—¡Lástima el no haber podido utilizar la pistola! Hubiera podido terminar con la vida del indeseable —se quejaba Rocío—. Tranquila, Martina; hija mía, no llores que ya te doy el otro pecho. —Guadalupe Cantalejo parecía estar algo nerviosa y aprovechó el momento de distracción de Rocío, mientras esta

se dirigía a su bebé, para lanzar un susurro que pasó inadvertido para su sobrina.

—¿Tendrá que ver con las cartas? ¿Es posible que venga a prestarme ayuda? El tiempo dirá. No voy a preocuparme más por algo que podría o no suceder. —Rocío apreció el cuchicheo, la observó detenidamente y preguntó.

—Te decía que podrías haberla empleado —mintió la jueza—. Lo que no podías hacer era lo de disparar con ella. Y por eso, querida, te pedí que la tuvieses descargada. Sin embargo, nadie te impidió darle un golpe con el arma al tipo. Eso sí —puntualizaba la jueza—, si lo hubieses hecho, a ver cómo después, cuando el tiempo transcurriese, hubieras defendido tal causa frente a tu hija.

—Tienes razón, tía. Fue mejor no haber hecho nada y dejar que se fuese —se disgustó Rocío—. Todavía me queda la posibilidad de atizar a alguien, espero que llegue ese momento. ¡Sí!

La jueza no paraba de dar muestras de preocupación. Rocío apreció el gesto y nuevamente preguntó, al pronto obtuvo la respuesta:

—Planea un nuevo crimen, eso lo tengo claro. ¿Pero por qué envían a una mujer con ropa de hombre? ¿Quién hará de víctima? ¿Y de culpable?

—¿Y quién o quiénes la envían, tía?

—No lo sé. Ese detalle se me escapa…

La bajada

—Espero que disculpes a mi prima, Beatriz —se dirigió a ella conforme caminaban.

—¿A qué Beatriz te refieres? —Pretendió jugar a ese juego que las mujeres se trajeron con ella, pero no tenía experiencia en tal asunto, y quien la apresaba evitó tener que pronunciar su nombre completo.

—Pues a Beatriz, la falsa agente de policía. ¿Quién si no? —La dejó planchada con su respuesta—. Mi prima Rocío Delgado Cantalejo no es mala persona, un poco loca y atormentada, puede qué sí. Es cierto que le encanta insultar, golpear y disparar, pero esta vez ha sido para provocar una situación; la que ahora tenemos.

—¡Pues qué bien! —exclamó con gran dosis de sarcasmo—. Me siento más tranquila sabiendo eso.

—Comprendo tu chanza, pero esto va mucho más allá de ella —sostenía la de las uñas de colores—. Mi tía, Guadalupe Cantalejo Caballero, ignora que nosotras conocemos que le están enviando unas cartas, vacías en cuanto a los datos del remitente, pero llenas de odio y rencor.

—¿Y qué tengo que ver yo con ese asunto? —Aceleró los pasos, como si la policía sospechase algo.

—Pues mucho, o nada, aún no comprendemos. Pero no eres la primera persona que llega en el descapotable blanco, aunque sí que eres la primera mujer, y eso nos agrada a todas —intentaba frenar el caminar de la del cabello rizado, pero de

momento sin éxito.

—¿Qué coño quieres decir con eso? —Se exaltó la agente, y ahí se detuvo—. ¿Acaso todos los autos de por aquí son descapotables?

—Veo que tienes muchas más cosas en común con mi prima, Rocío Delgado Cantalejo, de las que aparentas —sonrió Tamara y prosiguió con su anterior debate—. No parece que me hayas comprendido: Ese es el coche, el mismo coche; misma matrícula, mismo número de bastidor, mismo nivel de combustible. Eso sí que me hace gracia. Por cierto, nunca nadie lo repostó, y aquí será complicado hacerlo.

—¿Eso qué coño significa? —inquirió la agente.

—¡Vaya! Pareces envuelta en un mar de dudas. No te preocupes, lo verás. —La respuesta provocó que Beatriz encogiese los hombros en señal de indiferencia, además de la ignorancia que ya portaba, y volviera a caminar como antes lo hacía.

—Por cierto —volvió a detenerse—, ¿podrías quitarme estas esposas o vas a pasearme por todo el arco que estás dibujando para seguir dando rodeos con tu cháchara? —La policía apeló a la cordura de la modista—. Y ya puestas, si quisieras, podrías ser mucho más directa, tanto en palabras como en recorrido.

—¡Vaya! —se sorprendió la chica de uñas vivas—. ¡Pues sí que eres aguda! —Y era eso lo que estaban haciendo; dar rodeos.

Tamara, en muchos sentidos, era muy diferente a su prima Rocío. No le gustaba hacer daño gratuito, tampoco ofender a nadie. Nunca miró a nadie por encima de sus hombros —en esto último coincidía de pleno con su prima— y tenía un gran sentido de la honestidad.

El rodeo parecía un arco, tal y como fue descrito por la despistada agente, solamente que aquel, dibujado por su

acompañante, era demasiado pronunciado. Según la trayectoria que llevaban, todavía no habían alcanzado su punto medio. Como en otras tantas ocasiones, la intención de Tamara era caminar por un amplio radio para prolongar la cháchara. Había acordado con su prima que aquella, junto a su tía, llegasen antes que ella y Beatriz a la pequeña clínica que la doctora dirigía en Penrose. Mientras tanto, abordaría otro delicado asunto con la nueva mujer.

La finca, adonde llegó Beatriz en el ruidoso y viejo descapotable blanco, quedaba situada a las afueras de la población, a kilómetro y medio de distancia de la clínica, caminando sobre el arco que Tamara intentaba describir, y apenas quinientos metros si se camina en línea recta, tal y como lo hicieron la jueza y su sobrina Rocío.

En aquel circular trayecto pasaron frente a una taberna. Beatriz aflojó el paso hasta quedar fija en el escaparate, como si quisiera practicar la función de toda mosca.

Bastante amplio y con grandes cristales que dejaban mostrar su interior, así era el Hitler. Dos futbolines y dos mesas de billar, una de ellas con troneras, la otra, sin, mantenía sobre su paño forrado tres bolas de marfil: una de color negra, otra blanca y otra roja. Aquella zona de divertimento quedaba situada en la pared derecha del local, lo más alejado de la barra.

Los tacos colgaban de la pared, al igual que las tablas de cuentas. Muchos más altos, casi en el techo y sobre las esquinas, se suspendían con gran sujeción los altavoces que se repartían por la amplia estancia. El diáfano centro del local estaba ocupado por las simétricas sillas y mesas. Y detrás de aquellas, al fondo de la estancia, se mostraba, lo más alejado de los escaparates, un pequeño escenario que distaba unos cuatro metros con las mesas.

Beatriz supuso, con gran acierto por su parte, que el área

serviría para poder ofrecer pequeños espectáculos y conciertos, con la justa separación para que los asistentes pudiesen bailar. A la misma profundidad y a la diestra de aquella, al fondo de las mencionadas mesas de billar, había una silla de montar; un rodeo con un cartel que mostraba la leyenda: «Cerveza gratis para quién aguante al potro salvaje».

A la izquierda de todo quedaba la amplia barra acompañada por una hilera de butacas, quietas y erectas como un desfile de soldados que aún guardan la formación. El techo portaba pocas lámparas, pero sí muchas luces, también asidas y alineadas, superpuestas por zonas. Las de la zona de recreo estaban colocadas de diferentes maneras, en forma rectangular. Quiso seguir observando aquel amplio local, mas la persona encargada de su custodia se lo impidió.

—¿No decías que querías tardar más? —se molestó la presa—. ¡Qué más da!

—Sí, es cierto, quería tardar más, pero no tanto como crees —respondía mientras tiraba de Beatriz y miraba al cielo como si quisiera solicitar un celestial respiro—. ¡Dios! ¡Qué paciencia!

—¡Está bien! ¿Ibas a contarme qué más?

—No, si al final será verdad que eres policía, pero no entiendo cómo puede ser.

—¿Cómo coño puedes preguntarme eso?

—¡Ya! ¡En fin! No importa —Tamara cambió de tercio, se estaba desviando del delicado asunto que la trajo por el arco para poder contárselo; la seguridad de su tía, Guadalupe Cantalejo—. Lo que importa es la seguridad de mi tía, la jueza.

—Menos mal que la sala está vacía —interfirió por ella misma—, si no me verían como esa presa que llevas. Y además de esposarme me pides que te ayude con no sé qué asunto de cartas.

—¡Está bien! —Le quitó las esposas—. Espero no tener que arrepentirme.

—¡Y no lo harás! —le replicó mientras se las quitaba—. ¡Esto ya está mejor!

Beatriz se masajeó las muñecas y se dio media vuelta. Pensaba volver al mojón, coger el descapotable y largarse de aquel inhóspito pueblo.

—¡Y ahora sí! A desandar lo andado y de regreso al lugar que me corresponde —pero Tamara la detuvo.

—¡Eh! ¿Adónde crees que vas? —Se colocó delante de ella y la obstruyó—. ¿Realmente piensas que las cosas son tan fáciles?

—Pues sí, lo pienso.

—¡Vale! ¡Corre, inténtalo! Intenta salir de aquí, y luego me cuentas.

—Ahora mismo me pongo a ello.

Rauda como una gacela, la agente de policía recorrió el círculo del revés, al momento pasó por el bar que minutos antes dejaron atrás. Ahora se encontraba abierto y pudo ver el nombre, cosa que antes pasó por alto.

—¡Bar Hitler! ¡Dios! ¿Qué coño? —En su interior solo había un hombre que ahora la contemplaba con gran admiración.

—¿Quién eres? —le preguntó. Miró hacia atrás y vio que Tamara la seguía de cerca—. ¡En fin! ¡Hasta luego!

—¡Hasta ahora, rizos!

—¡Rizos! Es la primera vez que me llaman así —se giró hacia aquel—. ¿Nos conocemos?

—No, que yo sepa.

—¿Entonces cómo te atreves a llamarme «rizos»?

—Es bien sencillo; no sé cómo te llamas.

—¡Ya estamos! —Dejaron caer a la vez ambas mujeres. Una

de ellas desde la distancia. El barman se percató de la presencia de la otra. Mientras Beatriz se dio cuenta de que cayó en la trampa—. No debería haberme parado.

—Pero lo hiciste —respondió la de las uñas de colorines—. Apecha ahora con las consecuencias.

—Mi nombre es poco importante, todos me conocen como… —No lo dejó seguir.

—Por favor, barman, deja pasar a la mujer —pero este no le hizo caso.

—¿Cómo te llamas, rizos?

—Beatriz —así de seca respondió a la pregunta.

—Pues ya ves, qué raro: si los granos de la arena de playa pudieran llamarse unos a otros… —la policía captó la indirecta.

—Beatriz Jiménez. —Y comprendió que aquello suponía una especie de saludo intrínseco de aquel remoto pueblo llamado Penrose, un nombre un tanto extraño. Y un nuevo «ya estamos» salió de la boca de la sonriente Tamara.

—Seguro que no todas las tormentas son iguales, ¿o sí? —El barman volvió a mover ficha.

—Beatriz Jiménez Martínez, ese es mi nombre completo.

—¡Anda, qué bien! Yo soy Marcos Alias Lima —le dijo con una amplia sonrisa—. ¡Si podríamos ser hasta familia!

—¡Lo dudo! Y si me disculpas… —volvió a callarse la policía, miró a izquierda y derecha, y continuó hacia arriba con la intención de alcanzar la ansiada meta; el mojón.

—¡No te servirá! —se posicionó el barman—. Te lo dijo Tamara Castillo Cantalejo, y ahora te lo digo yo.

—No sé qué coño os traéis entre manos con tanto jueguecito —hablaba ahora con resentimiento—, pero ya sí que me marcho. No aguanto más en este lugar.

—¡Hasta pronto, agente!

—¿Cómo coño sabes que…? —Se calló, miró la cuesta y recapacitó—. Está bien. Saludos —y continuó caminando con su intensa mirada puesta en el mojón.

#

La caminata duró poco tiempo, Tamara la seguía de cerca, pero no le dijo nada más. Y al subir ya no estaba el auto.

—No te preocupes, rizos —le dijo con burla—. Posiblemente se lo habrán llevado a algún taller o al viejo surtidor para repostarlo —mintió Tamara. No podía dejar que aquello quedase con tan mal resultado para ella—. Aunque podrías salir por patas, igual tienes suerte.

—¡Maldita sea! —La policía recapacitó y con muy pocos ánimos se dirigió a la mujer de la falda blanca de vuelo y las uñas pintadas—. ¡Venga, vamos! Iré a enfrentarme con mi destino. —Tamara, que ahora contemplaba la séptima uña, pudo ver como su profecía se cumplía. Y otra vez, a más de mil, caminaba detrás de la supuesta agente de policía.

—Vale, según mis uñas, nos toca bajar por la recta, justo por ahí —sonreía mientras señalaba en dirección a la casona —. Llegaremos en un santiamén y evitaremos un nuevo encontronazo con el curioso barman.

Y fue por allí, por donde se lanzó a galope la chica del cabello rizado. Tamara tuvo que apretar sus pasos para no quedarse rezagada, mientas que Beatriz lanzaba todo tipo de suertes e improperios; se quejaba de tantas y tantas hectáreas de tierra en calmo.

—No entiendo cómo tan gran latifundio permanece así, sin sembrar. ¡Qué forma de desaprovechar la tierra!

—No chica, para estas tierras suponen el séptimo año.

Beatriz no comprendió aquello, y no prestó mayor atención a esas palabras. Tampoco callaría.

—¡Vaya! Antes un rodeo y ahora la recta. ¡Claro! Tu tía y tu prima ya estarán allí.

Tamara no abrió la boca, le costaba respirar con tanta velocidad en su caminar. Beatriz no hacía otra cosa más que caminar, y de vez en cuando girarse para esperar a que la rezagada de Tamara tuviera que llegar a dar alguna que otra carrera para alcanzarla. Y viendo que no daba muestras de nada, intentó sonsacarle algo de información a propósito del barman.

—Me pareció un tipo confiado y afable, no sé qué tienes en contra de él. Y ahora que recuerdo; creo que tampoco os cae nada de bien el jardinero.

—Lo del jardinero es harina de otro costal —saltó como un resorte la de las uñas dibujadas—, mejor que no lo sepas. En cuanto a lo del barman, aún no lo conoces, es pronto para que tengas una opinión certera sobre él, pero no olvides que la apariencia nunca fue sincera.

—¡Está bien, uñas! —Beatriz, lejos de pararse, no se daba por vencida y apretó aún más el paso, también su verborrea. Aunque aquel apodo le sentó fatal a su acompañante—. No terminaste de contarme lo de las cartas y lo de que la jueza no lo sabe.

Seguían caminando, parecía que la recta nunca terminaría. Aún quedaba la mitad del camino por andar. Había espacio para alguna que otra respuesta más. Durante el siguiente tramo, ambas permanecieron calladas, hasta que la recién bautizada con el seudónimo de «uñas» tuvo que abrir la boca para mostrar cierta disconformidad.

—¿Cómo me llamaste? —respondió Tamara.

Pronto cayó en que aquella respuesta despectiva fue una forma de protesta al desprecio con que ella la llamó antes: «rizos». Dejó pasar aquella falta y prosiguió con el relato.

—Está bien, no pasa nada. Te decía que mi tía, la jueza, lleva tiempo sufriendo amenazas por cartas. —Ambas seguían con el galopar, ya se veía la cercanía de la puerta a la que llamar.

—Las letras no están claras, la persona que amenaza escribe con muchas metáforas, pero puede apreciarse la maldad en sus letras. Y cuando te vimos aparecer pensamos que algo iba a ocurrir. —Beatriz no comprendía muy bien, parecía estar como recién despertada de una larga siesta. Tamara la miró y vio ese vaivén de realidad que la poseía.

—¡Vaya tela, Agente! Pareces una funambulista descalza sobre un asfalto ardiente. —Se detuvieron a pocos metros de la puerta—. Cada vez que alguien llega en el descapotable es para solventar algo por estos lares.

—¿Pero cómo coño puede ser eso? ¿Mi coche conducido por otras personas? ¿Acaso me lo robaron? Sigo sin comprender tal cosa. —La mujer miraba al sol queriendo capturar una respuesta que, como era de esperar, no caería del cielo; llegaría mucho más tarde.

—No te preocupes, ya mismo lo averiguarás. De momento esto es así, pero no te agobies por ello. Lo que ahora importa —hacía hincapié su coqueta acompañante— es que ya estamos aquí, en la consulta de la doctora. Pero antes…

—No pararás hasta que la lea, ¿verdad? —Tamara asintió—. ¡Venga, dame ya la carta! —Tamara se la entregó.

—Es la penúltima carta, la que hace seis. La última que llegó la ha recibido hoy y no he podido cogerla, la tenía ella en sus manos. —Beatriz la abrió y comenzó a leerla con la vista:

«Sobre ti se cierne la tragedia.

Querida Lupe, y siempre añorada; otra vez sobre ti se cierne la tragedia. Pero no creas que será solo para ti; también para los seres que te rodean, te rodeamos, pues sigo en tu vida.

No creas que lo que va a suceder no me afectará, tuve que cambiar mucho para poder combatir mi forma de apreciar las cosas. Y aunque ser bueno es lo que más cuesta, también se hace duro curtirse en la maldad, pero es el único camino que encontré para, de una vez para siempre, llamar tu atención. Seguro que después de lo que vendrá dejarás de ignorarme.

Tampoco te estoy pidiendo la luna, solo que vuelques tus sentidos hacia mí y mis plegarias. Solo requiero un poco de tu atención, no es más que eso; no se trata de otra cosa. Pero quedé harto de tu manipulación para hacerte ceder en mi lucha por acercarme a ti.

Después de lo que acontezca me quedaré relajado, tranquilo, sosegado, y cuantos adjetivos signifiquen, el sexo débil, y la exculpación por los actos que llevaré a cabo para así desviar tu atención hacia mi persona. No olvides que tú, y solo tú, serás la única responsable de mis actos. Sobre tu conciencia recaerá, pues yo, y desde hace tiempo, carezco de ella.

No creas que me fue fácil buscar la zanahoria que tendrás que morder. Rebusqué entre tus necesidades y las mías. Establecí la estrategia que más remordimientos pudiera causarte; alguien con quien estés en desacuerdo, pero que a la vez, el hecho a producir, te haga sentirte responsable de la lejanía. Y todo esto para que aprecies el desprecio que por ti yo he sentido durante esta larga temporada

que crees vivir.

Te juro que nunca quise que algo tan duro te hiciera recapacitar y dar un paso al acercamiento, pero insisto, tu indiferencia hacia mí no me ha dejado mayor opción que buscar otra manera de atrapar tu atención.

¿Lo habré conseguido? Realmente no sé, solo quedará por ver si así fue o, de lo contrario, si tendré que tomar otras medidas. Tal vez pienses que no son necesarias, pero yo sí veo que deben ser más drásticas. O quizás algún tipo de aviso que te indiquen que sigo por aquí; a la espera.

Mi «yo, mi, me, conmigo» quiere transformarse en un fundido con tu exasperante «tú, ti, te, contigo». No hay más. Pero te gusta el rechazo, y ante eso solo puedo hacer lo otro, lo que jamás te esperabas. De todas formas no te culpes, las cosas no siempre son lo que queremos que sean. Lo sé por propia experiencia, me ha costado aceptarlo. Pero, por más vueltas que pretendas darle; no olvides que yo no soy culpable de nada».

# #

Beatriz comprobó su descompuesto atuendo, se maqueó un poco y se dispuso a llamar a la puerta. De pronto recapacitó y cedió la ocasión a Tamara.

La modista, coqueta y siempre sonriente, pulsó el timbre con la yema de su dedo índice izquierdo. En ese momento, la agente de apretados pantalones blancos, pudo ver el dibujo de esa uña: justo ese mismo timbre que estaba pulsando.

—¿Cómo coño sabías que…? —No pudo terminar. La

puerta se abrió y una mujer de pelo castaño abrió la puerta. Beatriz miró más allá de la puerta y, como era de esperar, la mujer no estaba sola.

La consulta

La tarde en la que llegó el viejo descapotable a manos de Beatriz, Lola Domínguez Escobar, la doctora, se encontraba tranquilamente sentada en su despacho sin nada más que hacer que saborear una cerveza alemana elaborada a base de trigo —los monjes sabían lo que hacían—. Después de tomarse el medio litro en su envase de vidrio —siempre le apetecía más que bebérsela en la boca ancha de un vaso— la pegadiza pereza de ojos iba ganando terreno frente a lo aburrido que resultaba contemplar la tarde sin nada que le ofreciera algún tipo de aliciente ni motivación para permanecer en alerta.

—Otra triste y ordinaria tarde, como la gran mayoría de ellas, en un relajado trabajo —se quejaba, y no era para menos. En el pueblo pocas cosas inquietantes ocurrían, salvo algunas que muy de tarde en tarde se daban cita, como cuando se producía algún accidente o llegaba el descapotable blanco a manos de algún desconocido—. Los resfriados tienen fácil solución —lanzó su suspiro al techo.

—¡Qué demonios! —Se dijo, y se dispuso a abrir otra botella. Se fue hacia la nevera donde guarda las vacunas y los fármacos, y del cajón secreto extrajo otra botella de quinientos mililitros—. Un día es un día. Verás como ahora sí que me relajo y bien —y en ese tris sonó el timbre.

—¡Mierda! Un imprevisto. Bueno —se conformó—, habrá otra ocasión para ti, nena —le dijo a la botella que la guardó de donde mismo la sacó.

Cerró con llave la nevera y con gran parsimonia se fue para la puerta al grito de «¡ya va!». Al girar el pomo y abrir la puerta allí se las encontró.

—¡Vaya sorpresa! Guadalupe Cantalejo Caballero y su encanto de sobrina —fingió—, Rocío Delgado Cantalejo. ¿Qué las trae por aquí?

—La noto más relajada que de costumbre, doctora.

—¡Qué buena observadora es su señoría! —exclamó la doctora, quien no parecía asombrada ante el acierto de la jueza—. Les ofrecería una cerveza, pero imagino que vienen por un tema oficial y quedaría feo que aceptasen la bebida.

—¡Oh, no! Claro que venimos por un asunto oficial. Y habíamos pensado en tomarnos un café, pero ni una cosa ni otra nos impedirá tomarnos otro tipo de refrigerio —aclaró Guadalupe Cantalejo—. Hubiera preferido zumo o refresco, pero jamás le he hecho ascos a una buena cerveza. ¿Las tienes junto a las bolsas de sangre?

—No. Están en la otra nevera, en el compartimento inferior. Voy a por ellas, ¿Rocío Delgado Cantalejo, podrás tomarla?

—Por supuesto que sí —afirmó rotundamente—, ya le he dado el pecho a mi bebé.

—¡Qué buena ocasión! —soltó Rocío mientras la doctora se fue para la nevera y cogió las tres ansiadas cervezas.

—Siempre la hay —respondió Lola mientras las entregaba, como quien, en una carrera de relevos, pasa el testigo.

—¿Sobrina, puedes? —Le entregó la cerveza y de inmediato Rocío desenfundó su pistola y con el cañón destapó las cervezas, la suya y la de su tía.

—¿Doctora, le abro también la suya?

—No te preocupes, mujer, prefiero hacerlo a la vieja usanza —seguidamente la doctora clavó sus muelas sobre la chapa y destapó la botella.

—¡Estupendo! Pues todas contentas —añadió la jueza.

Y mientras bebían surgió lo inevitable; averiguar el porqué de tan inesperada visita. Aunque la doctora no estaba muy por la labor de comenzar con aquello. Los primeros minutos los pasaron calladas saboreando aquella fermentación de trigo, receta original del siglo XVII, pero cuando la botella se encontraba medio vacía, Lola declaró que ya había transcurrido tiempo más que suficiente como para haber roto la frialdad del encuentro y se propuso escuchar a las dos mujeres que aquella tarde hicieron presencia en su pequeña consulta.

—¿Y bien? —Dirigió su mirada hacia la jueza y hacia su sobrina con cara de falsa adivinadora.

—¡Está buena la rubia! —soltó Rocío. Miró a su tía con cara de espera, levantó las cejas y su tía cayó en el detalle.

—¡Ah! ¡Uy, perdón! Es que no me gusta conversar mientras disfruto. —Miró la botella con deseo, empinó el codo y al instante la dejó seca—. Otra vez ha llegado el descapotable. Y esta vez a manos de una mujer. —La doctora, que se encontraba con un buche de cerveza en la boca, quiso tragárselo rápidamente sin saborearlo, pero terminó por esputarlo.

—¡Lástima! ¡No me ha dado tiempo!

—¿Cómo dice? —inquirió la sobrina de la jueza.

—No, nada —se disculpó y con poca intriga preguntó—; ¿otra vez el viejo descapotable? ¿Desde cuándo no aparecía?

—¡Uf! Pues no sabría decir; creo que fue por septiembre de hace un par de años. —Guadalupe Cantalejo recapacitó—. ¡Sí! Fue por esas fechas, aunque el día no lo puedo concretar.

—Buena memoria tienes, tía.

—Gracias, sobrina —pero al momento sopesó—. ¡No, no! Un momento. La última visita del descapotable fue mucho

antes. Asocié aquella a la llegada de aquel tipo que apareció en el río. No llegó en ningún vehículo, y tampoco nadie supo cómo apareció allí. Así que no, no recuerdo la última visita que nos hizo el antiguo coche. La doctora prestó poca atención a las palabras de la jueza y siguió con sus preguntas.

—¿Y decís que lo condujo una mujer? ¡Qué chocante! Hasta ahora siempre fueron los hombres los que lo manejaron. ¿No? ¿Y llegó por donde siempre?

—Afirmativo, y con atuendo de hombre —soltó Rocío mientras daba el último trago a la botella.

—¡Con atuendo en hombre! Aún más extraño. Pues habrá que reconocerla, ¿cierto?

—Pues sí, hay que someterla a examen —dijo la jueza con cierto grado de decepción que no pasó desapercibida por la doctora—. Y luego a juicio.

—¡Un momento! —Se detuvo la doctora, quien ahora parecía haberse dado cuenta—. ¿Cómo que con esa vestimenta?

—En pantalones, doctora, así de extravagante se presentó. No he visto mujer más vulgar —soltó Rocío con cara de asco.

—¡Pues vaya! ¿Y a juicio? ¿Es necesario? —Lola se asombró—. ¿Qué hizo, atropellar a alguien?

—Peor aún, portar placa de policía y pistola no reglamentaria —se adelantó nuevamente Rocío—. Y mi tía, aquí presente, piensa que es falsa. De hecho, no se parece a las placas policiales que por aquí tenemos.

—¡Qué interesante! Una mujer con pantalones, como si fuera un tío, portando una falsa placa de policía y armada. —La doctora contemplaba su ya vacía botella—. ¿Y dónde está?

—La trae mi prima Tamara.

—¿Tu prima Tamara?

—Sí, es la única prima que tengo con ese nombre de pila.

—¡Ah! ¡Claro! Pero ahora mismo no le pongo rostro. Conozco a tantas mujeres con el nombre de Tamara que no sabría decir cuál de ellas es tu prima.

—Tamara Castillo —recalcó Rocío.

—Sigo sin poder discernir; Castillo. —Quedó pensativa durante un cortísimo espacio de tiempo, justo lo que tardó la jueza en solventar la situación.

—Tamara Castillo Cantalejo, mi sobrina.

—¡Ah, vale! —se sorprendió— ¡Ay, claro! Tu sobrina Tamara Castillo Cantalejo, la modista. Seguro que la traerá dando un amplio rodeo. No sé por qué razón le gustan tanto las metáforas a esa muchacha.

—Es un misterio de la vida, doctora. Mi prima, la modista, es única. Y a saber ahora cuándo le dará por aparecer.

—¡No pasa nada! ¿Echamos otra cañita?

—¡Venga! —dijeron a la vez tía y sobrina.

Y así decidieron acortar el tiempo de espera; con una cerveza en la mano y hablando de cosas de mujeres mientras Tamara y Beatriz se hacían esperar. Conversaron de la divinidad femenina y de la falta de respeto que supone el vestirse como si fuera un tío. Defendían la necesidad de la coquetería de la mujer frente a la brusquedad del hombre, de la gran capacidad de comprensión de la mujer frente a la terquedad de hombre, y de la fortaleza multiorgásmica de las féminas en contraposición a la masculina flacidez que tanta inseguridad causaba en el sexo débil: el hombre.

#

—Mi prima, Tamara Castillo Cantalejo, siempre ha dado por bueno el dicho. Ese que dice «Búscatelo con cabeza que polla

tienen todos». Y he de reconocer que, a pesar de no estar muy de acuerdo con ella, tiene toda la razón.

—¿Qué quieres? —decía alegremente la jueza—. No puedes exigirles más. Son incapaces de comprender el valor de lo simultáneo, y torpes se muestran con ello. —La doctora asentía con la cabeza mientras le daba vueltas a la horrorosa idea.

—Una mujer con ropa de hombre. Con la feminidad y sutileza que ofrecen las insinuantes prendas femeninas. ¿Para qué querría una hermosa mujer llevar ropa masculina?

Y tanta conversación provocó que a tía y sobrina se les secase el labio, cosa que arreglaron con otra pinta de Cerveza de trigo. Lola anotó en su agenda la imperiosa necesidad de arrimar más botellas a su consulta.

—¡Me van quedando pocas! —exclamó en voz baja. Y después de tanta cháchara y tan mareante ingesta sin sentido llegó una nueva pregunta.

—Y bien, chica, ¿cuándo bautizarás a tu hija?

—Cuando sepa el apellido de ese malnacido, doctora.

—¿Y a qué esperas para preguntárselo?

—Es una cuestión de dignidad y de orgullo. Fue suya la culpa y tendrá que ser él quien tenga que enmendar su error —hablaba con dureza la madre de la criatura—. ¡Uy! ¿Soy yo o este suelo se está tambaleando?

—Eres tú, sobrina, pero descuida; estamos de descanso y no hay problema por echar unas cañitas. Lástima que no tengamos unas cartas para poder echar una mano al juego de los faroles.

—Somos pocas, tía. Aunque si llegasen pronto mi prima y la supuesta agente de policía, tal vez… —Lola eludió la posibilidad de jugar y prosiguió con el vértigo.

—Pues si tú, que mides casi dos metros, te sientes mareada;

imagina cómo podemos estar tu tía y yo —en ese momento alguien golpeó la puerta; tres toques secos y seguidos.

—¡Por fin! Mi prima —se apresuró a decir Rocío.

—¡Menos mal! Ya no quedaban cervezas para otra ronda —rio la doctora—. ¡Ya va!

Abrió la puerta y allí las vio; Tamara con su faldita de vuelo blanca. Aquella, al ver la poca cordura que transmitía la doctora, se miró las uñas y habló con serias dudas mientras veía bostezar a Lola.

—No creo que esta situación sea el interrogante, quedan dos uñas más por delante.

Beatriz la miró de arriba abajo. La doctora lanzó el mismo gesto hacía la desconocida, y se adelantó a saludarla.

—¡Vaya! ¡Qué pantalón más bien ajustado! Un poco plano en la entrepierna. —Beatriz supo hacia dónde caminaban las palabras de la doctora y quiso salvar la situación.

—¡Claro! Soy una mujer, ¿qué esperabas? —Y ante el gesto de desprecio de la doctora prosiguió con su leve alegato de defensa—. Es lo bueno que tiene ser mujer; somos capaces de vestir como los hombres, pero sin perder nuestra feminidad. Independientemente del sentimiento.

Lola quedó atrapada con aquellas afirmaciones, levantó una ceja y entendió que, tal vez, y a pesar de que la chica seguía defendiendo la prenda, se precipitó en su juicio a la hora de valorar a la desconocida.

—Definitivamente erré en un primer diagnóstico, pero solo por puro desconocimiento. ¡No, no estás bien de la azotea!

Al ver la cara de asco de aquella, con la incertidumbre y la incredulidad con la que la doctora iba vestida, Beatriz tuvo que volver a defenderse.

—A ver, ¿qué os pasa a las mujeres de este pueblo para tener algo, lo que sea, en contra de los pantalones?

—¿De Penrose? ¿Por casualidad, no serás extraterrestre? Está claro que hay que someterte a un examen. Pasad, por favor.

Ambas mujeres entraron. Beatriz, presuntamente culpable por falsedad y posesión ilícita de armas, dejó caer su vista sobre las mujeres que ya se encontraban en la estancia. Rocío con la mirada un poco nublada, la jueza con la razón un poco ida, y por último se fijó en los torpes movimientos de la doctora. Supo que algo andaba mal, así que miró a este y a aquel lado de la sala hasta que encontró algunos botellines desperdigados por la habitación.

—¡Ah, no! A mí no me va a tocar doctora alguna. ¡Estás ebria!

—¡No digas sandeces, por favor! Ven y deja que te observe —y con mal gesto Beatriz se acercó y se dejó reconocer—. Te noto un poco aturdida, eh. ¿Te duele la cabeza?

—¿Cómo sabes que tengo ese malestar? —La que se erigía en agente de policía se sorprendió por la diagnosis de la mareada doctora—. Si al final va a resultar que no has bebido.

—¡Mujer! Tomarse tres cervezas de a medio litro no es beber, y mucho menos supone estar ebria —se defendía la doctora mientras observaba las pupilas de la detenida—. A ver si adivino; Ya te dolía cuando te bajaste del coche.

—¡Sí! —Beatriz seguía con su asombro—. Justo en el momento en que bajé. Es un dolor leve y a la vez incesante. Intuyo que hay algo más que aún no me habéis contado —atinó a decir sin apartar la mirada hacia las otras mujeres. Pero ninguna de ellas le prestó atención.

—Lo normal en tu caso.

—¿Cómo que lo normal? —Y la doctora saltó por lo alto de la pregunta y rauda actuó.

—Tranquilízate. Debes tomarte unas pastillitas para controlar las náuseas y algún analgésico para ese leve dolor,

antes de que empeore. Dentro de unas horas podrás ser juzgada, pero antes te he de extraerle una muestra de sangre y a ser posible también de orina.

—¿Qué coño dices? ¡Qué manía con eso de querer someterme a juicio! —La agente de policía obvió lo de las analíticas y se centró en el juicio.

—Si eres policía, como dices ser, has de saber que este es el procedimiento. No hay más —añadió con firmeza la jueza—. ¡Discusión finalizada!

—¡No comprendo nada! Se me acusa de falsedad, pero no se me leen mis derechos ni se me procura un abogado de oficio. Tampoco se me da la posibilidad de hacer una llamada.

—Todo a su tiempo, muchacha —decía Guadalupe Cantalejo mientras descolgaba el teléfono de la consulta de la doctora y tras la aprobación de Lola llamaba al juzgado:

—Sí, soy la jueza. Vamos a realizar un juicio rápido, así que vaya preparando la sala. —Beatriz no podía oír nada más que lo que la jueza decía.

—¡Ah! La acusada necesitará los servicios de una abogada. Sí, de oficio. ¡Claro! Deberá estar presente para la defensa de la detenida. —La jueza quedó a la espera de lo que respondiera su interlocutora—. De acuerdo, esa abogada me vale.

—¿Qué? —gritó Beatriz mientras la jueza colgó el teléfono, y volvió a descolgarlo—. Toma, haz tu llamada. Beatriz marcó un número y el mensaje robotizado le dijo que aquel no existía. Insistió otra vez al mismo número.

—¡Qué insólito! —se quejó. Llamó a otro distinto, pero contó con la misma suerte: «Número de teléfono desconocido».

—¿Qué, no responden?

—No es eso, es que da por desconocidos los dos números a

los que he llamado.

—Suele pasar —dejó caer Tamara y, ante la incrédula mirada de Beatriz, fue más explícita—. Por lo que yo sé, las veces que alguien ha llegado en el viejo descapotable blanco, le ha pasado lo mismo que a ti: Número desconocido.

—¡No fastidies! —Y así transcurrieron hasta la extracción de sangre. La analítica de orina no se le pudo hacer, se negó a ello.

Las mujeres pasaron los siguientes diez minutos discutiendo a propósito de aquel enturbiado asunto. La detenida, pese a no haber visto nunca la película —que tan bien defendió Almodóvar—, sintió que, ante los ojos de las demás, se hallaba al borde del ataque de nervios. —Y así lo manifestaron—. La aturdida Beatriz parecía desolada, sin apenas comprender nada y con la incertidumbre de enfrentarse a un estúpido juicio.

—Esto no parece más que un programa de televisión en los que se oculta la cámara y todos se ríen de la ingenuidad e inocencia de la víctima de turno, que por supuesto, en esta ocasión, soy yo. ¿Dónde se oculta la cámara?

Y en eso quedó todo, hasta que la trasladaron al pequeño edificio de justicia que había en la localidad.

El juicio y los 14 segundos

—¡Qué juicio más disparatado! —A viva voz lo sostenía Beatriz mientras iba escoltada por Rocío y por su prima Tamara —. ¡Por favor! —Beatriz las miró con detenimiento—. ¿Un juicio donde nada más hay mujeres, y todas con faldas o vestidos? Todas menos yo. Esto pinta mal, ¿verdad? —No le respondieron.

Entraron en la sala, las sobrinas de la jueza se quedaron afuera. Dentro esperaban Ana Fernández Calero; la fiscal se encontraba frotándose las gafas de manera reiterada. Hasta tres veces seguidas llegó a hacerlo, mientras Beatriz la observaba y se extrañaba por aquel tic. Otra mujer entró en la sala, Carmen Calero Beltrán; la abogada de oficio, quien de inmediato pidió un leve receso para poder hablar con su representada, pero aquello le fue denegado por la jueza. El motivo: Falsedad infraganti.

—Esto no es más que puro trámite, letrada —rotundamente afirmó la jueza—. Estuve presente y no necesito más pruebas para saber lo que allí pasó.

—Su señoría, con la venia; muchas veces las cosas no son lo que parecen.

—Señora abogada, ¿Me está diciendo que soy una mentirosa?

—Perdone mis estúpidas palabras, su señoría. —La elegante abogada defensora se disculpó, conocía perfectamente el semblante de la jueza—. No fue mi intención. Solo digo que

algunas veces puede haber algún que otro malentendido.

—No hay ningún malentendido. ¡Fin! —Puso el reloj de arena sobre la mesa y formuló la primera pregunta—. ¿Cuál es su nombre? —Y la arena comenzó a caer.

La acusada no comprendía aquello del reloj de arena, observó las varillas de su reloj de pulsera, y pasaron catorce segundos hasta que cayó toda la arena del pequeño reloj.

—¿Esto qué es? —La abogada defensora volvió a apelar a la cordura de la jueza y aquella volvió a negar la petición de receso.

—Creo que con la pregunta que la acusada ha lanzado queda demostrado que esta mujer se ha identificado como una falsa agente de policía, además de portar un arma no reglamentaria y sin licencia alguna para poder llevarla. No hay más —sentenció la jueza.

Beatriz, todavía embutida en sus apretados pantalones blancos, seguía sin asimilar aquella surrealista situación y de manera impulsiva saltó:

—No soy ninguna impostora, y si así lo fuese; ¿cuál sería mi propósito; Entregar mi arma sin más para que me detengan? ¿Pero qué tipo de juicio es este, en el que se coloca un reloj de arena sobre el estrado y no se me deja hablar ni con la abogada que se me ha designado para mi defensa?

—Esto es un juicio rápido, por tanto, todo debe ser rápido. Y deberías saberlo —esclareció la jueza—. Es como un examen de preguntas de cálculo mental rápido. Si no mientes no necesitas más de catorce segundos para responder. Y está claro que esta mujer…

—¡Dios mío! ¿Pero qué disparate es este?

Beatriz seguía con su queja y no dejó que la jueza pudiera terminar la oración. De inmediato, y sabiendo lo que podría ocurrir si no intervenía con gran celeridad, la excusó su

defensora.

—Su señoría, disculpe a mi defendida. Se encuentra un poco desorientada y no cavila bien —se terminó a decir mientras gesticulaba para que la acusada cesase. Sutilmente se le acercó y le habló en voz baja—. ¡Cállate, no sabes cómo se las gasta la jueza! —Y a pesar de que no comprendía nada de aquella disparatada escena, Beatriz se calló.

La fiscal se quedó sentada, esta vez no hizo ni un solo gesto.

—Creo que esto está más que visto para sentencia —habló Guadalupe Cantalejo.

—Con la venia —inquirió dulcemente Carmen—. ¿Da usía su permiso para que me acerque al estrado?

La jueza aceptó, y fiscal y letrada avanzaron hasta postrarse delante de ella. Comenzaron con un cuchicheo imposible de descifrar por Beatriz, quien se encontraba totalmente desubicada y soltando —en voz baja— una suerte de improperios que la llevaron a sostener que aquel juicio no podría ser más que parte de alguna inocentada grabada con cámara. Pero, en vez de arremeter nuevamente contra aquella locura, esperó a ver en qué acontecería aquel sinsentido de juicio. Mientras tanto, las tres mujeres conversaban en voz baja:

—Guadalupe Cantalejo Caballero, sabes perfectamente que esta mujer vino en el viejo descapotable, y de sobra conoces los detalles a propósito de quienes vienen en él.

—Lo sé, Carmen Calero Beltrán, pero nunca antes condujo una mujer.

—En eso tiene razón, tía —defendía Ana, la fiscal.

—¿Y por qué no has intervenido, sobrina? —le reprochaba la abogada.

—Pues por que no ha sido necesario. Si la jueza, aquí

presente, estuvo en el escenario, ¿a quién voy a llamar de testigo, a la persona encargada de recabar pruebas y datos testimoniales, así como dar veredicto? —se defendía Ana—. Está claro que esto es un sinsentido, pero es cierto que si esta mujer fuese policía sabría las normas y las leyes.

»Y también este asunto de los juicios rápidos; principalmente el detalle de los catorce segundos. Los juicios rápidos son rápidos en todo, para eso se crearon, pero también es cierto que llegó en el viejo y desvencijado descapotable —seguía con su perorata Ana—. Por tanto, lo más seguro es que desconozca nuestro funcionamiento jurídico. Me encantaría destripar la normativa para que ella lo supiese, pero eso es trabajo de su defensora —seguía la fiscal, esta vez más en el papel de defensora de la acusada—. Y su señoría, con la venia, permítame decirle que lo justo sería que su abogada hubiese hablado antes con su defendida, incluso antes que entrar en la sala para ser juzgada.

»Pero también comprendo que si fue pillada infraganti es normal que el juicio sea rápido y que no merezca ni la defensa, por tanto, hice bien en quedarme callada. Pero, por otro lado… —y soltó otro «pero» cuando sus dos oyentes ya mostraban aspectos de desbordadas con las contradicciones que la veleta de la fiscal argumentaba en este asunto, y en todos los asuntos en los que intervenía—. He de admitir que, claramente, existen dudas, pues si viniese a delinquir, ¿para qué coño iba a entregar su arma sin ni siquiera pestañear?

—Muy bien expuesto, sobrina. Aunque eso debería ser trabajo mío, es mi defendida.

—¡Ya! Podías haber hablado, mujer, que nadie te lo prohibió.

Se disculpó su sobrina, la fiscal, a la par que encogía los hombros y se colocaba bien las gafas. Muy lentamente, y con el dedo corazón de su mano izquierda, presionó levemente

sobre el centro de la montura. Un gesto que incitaba a la provocación. Su tía apretó los dientes.

—Si es que la jueza no me ha dado más opción, y tú charlas por tres. Para el carro y déjame hablar. —La jueza intervino en el debate de la fiscal y la abogada defensora.

—Señoritas —dijo en el mismo y bajo tono de voz que las otras dos mujeres empleaban—, estoy aquí, y estoy oyendo y comprendiendo todo lo que dicen. —Ana y Carmen se miraron la una a la otra. Y la fiscal comenzó a hablar en francés—: ¡D'accord! ¿Que penses-tu si je parle en français, tante? La juge ne maîtrise pas la langue[5].

—¡Qué bien hablas el francés, sobrina! Pero ni papa de lo que has dicho.

—¿Nada de nada? —Inquirió la fiscal—. ¿Y usted, su señoría?

—Lo mismo que tu tía; ni *papa*. Solo la parte en la que dices: «Dacor».

—Vale, entonces iba por buen camino. Pero claro, podías haber estudiado francés, mujer. ¿Cómo pretendes, entonces, que hable y que Guadalupe Cantalejo Caballero, aquí presente, no sepa de qué hablamos? ¡Ay! Me resulta difícil, muy difícil de comprender, cómo el ser humano es capaz de diferenciar un idioma sin ni siquiera saber nada acerca de aquel. —Estupefactas se quedaron jueza y abogada defensora.

La retahíla de las tres seguía, y la acusada, sabiendo que no podía enterarse de lo que hablaban, decidió dejar de prestar atención y se centró en alzar el cuello y moverlo lentamente de un lado para otro. Tarareaba la canción del mítico grupo inglés; aturdida y confusa[6] contemplaba el magnífico interior

---

[5] ¡Vale! ¿Te parece, tía, si te hablo en francés? La jueza no domina el idioma.

[6] Dazed and confused — Larkin Poe.

de la sala. Se volvió y quedó deslumbrada con la firma del enorme lienzo que contempló a su izquierda: «Adolf Hitler».

—¡Qué coño! —cuchicheó. Luego se quedó callada mientras seguía contemplando el cuadro—. La misma firma que el cuadro que vi antes en el bar. —Y ahí se quedó, ensimismada, mientras el trío de mujeres seguía en medio de la negociación.

—¡Vamos a ver si nos aclaramos! —La jueza seguía hablando en aquel tono tan bajo—. Tú eres la defensora, y tú la fiscal. ¿Quién va a comenzar? Y por cierto —dirigió su mirada hacia Ana—, qué sea la última vez que suelta un taco en mi sala.

—Usía me disculpe: *Mea culpa*. Sufrí un *lapsus linguae* —se disculpó la fiscal. Y al instante la defensora comenzó a hablar.

—Señora jueza, con la venia. ¿Qué tal le parece si hacemos un receso con cierto aliciente de por medio? Antes de llegar a la sala elaboré unas nuevas galletas con un gran cambio de diseño y de sabor. Podríamos decir que son galletas de crujiente oblea, rellenas con una nueva y sabrosa fórmula. Podría degustarlas mientras yo hablo con mi clienta.

—¿Intenta sobornarme?

—¡No! De ninguna de las maneras. ¡Dios me libre! Ni siquiera se me había ocurrido pensarlo. Solo digo que es necesario que hable con mi clienta. He de explicarle los procedimientos protocolarios por los que se rige un juicio rápido y, teniendo en cuenta que a su señoría le gustan mis galletas, me parece acertado que, mientras le cuento a mi defendida los procesos judiciales, usía las pruebe y así pueda darme una valoración a propósito de su sabor antes de ponerlas en venta. Será usted la primera y única en probarlas; nunca antes las hice de barquillo y no sé si la elaboración es la correcta.

Aquella absurda proposición hizo que Guadalupe Cantalejo fijase su vista en la bolsa que Carmen trajo a la sala. Se quedó pensativa con la propuesta y con la solicitud de receso solicitado por la abogada defensora y también dueña de la repostería donde Guadalupe Cantalejo, casi a diario, compraba las sabrosas galletas de avena.

—Fiscal, dígame usted; ¿qué le parece la idea? —inquirió la jueza.

—Bueno… No soy amante de las galletas y me siento incapaz de comerme alguna de ellas, y menos unas nuevas sin saber el grado de azúcar o de acidez que pudieran tener, pero entiendo que el receso es justo y necesario. Así podríamos terminar este juicio sin más interrupciones.

—¡Estupendo! —Defensa y fiscal se retiraron del estrado y la jueza volvió a hablar en voz alta—. Está bien, nos tomaremos un pequeño receso. Por cierto, letrada. —Guadalupe Cantalejo hizo un gesto invitándola de nuevo a que aproximase al estrado.

Carmen cogió la bolsa de papel, donde escondía una docena de nuevas galletas, y se las entregó. Y la jueza volvió a interpelarle en voz baja.

#

—Me quedé con dudas después de que tu sobrina lo dijese; ¿son más dulces o más saladas?

—Podrá comprobarlo en un momento. Su señoría es una de mis más fieles clientas, me vendrá bien su veredicto en cuanto a esta nueva receta; lo tendré muy en cuenta. Pero he de advertirle que la pastelera soy yo; la que debe ofrecerle un sabor desconocido que le suponga un nuevo estímulo y

proporcione el placer de disfrutar de una nueva galleta. Es lo mismo que cualquier músico debería hacer a la hora de componer una pieza.

—Está bien. Vaya a hablar con su cliente. Ya le avisaré cuando termine el receso. Y más tarde le daré mi opinión a propósito de estas hermosuras.

La abogada defensora se fue en busca de la acusada mientras que los ojos de la jueza hacían chiribitas al abrir la bolsa de galletas recién elaboradas. Y Guadalupe, al abrir la bolsa, no pudo expresar su sorpresa.

—¡Uy! Si todavía están calientes. Con tres galletas me bastarán. —Y ahí se quedó disfrutando de aquellas mientras Ana cogía su libro de crucigramas y se disponía a rellenar los cuadros.

—A ver, te llamas Beatriz Jiménez Martínez, ¿cierto? —Carmen comenzó con su charla y sus protocolos.

—¡Sí! ¡Qué manía tenéis en este pueblo con eso de pronunciar el nombre por completo! Más aún sabiendo y apreciando que, en este preciso instante o en cualquier conversación, no hay nadie más con el mismo nombre de pila.

—Comprendo. No eres de por aquí; viniste en el descapotable blanco y sabes poco de nuestro comportamiento social. Pero para que te hagas una idea; el nombre junto con los apellidos representa una única identidad, y nos diferencia completamente del resto de personas. Por eso es necesario dirigirse a alguien de esta manera. Incluso añadiría que es obligatorio. Si no se hace así se incurre en una falta de respeto. Y en esta sociedad —Carmen imprimió énfasis en sus palabras— somos tan disciplinadas que buscamos, sin tener que mostrar aspectos de reprimendas, ni hacer alusiones a faltas de comportamiento, el hacerte ver que no estás siendo educada. —Y tuvo que hacer un alto en la explicación—. Por cierto, me llamo Carmen Calero Beltrán.

—¡Vale! Comprendo; un asunto menos del que tener que preocuparme. Y ahora, cuéntame, por favor, de qué se me acusa.

—Se te acusa de usurpación como agente de la autoridad; por lo de la falsa placa, y de tenencia ilícita de armas.

—¡Y dale con eso! La placa no es falsa. Y por cierto, menos mal que no se me ha acusado de llevar pantalón —suspiró con repudio Beatriz.

—La placa es diferente a las que aquí tenemos, por tanto, se considera falsa. Comprendo que allí, de donde vengas, te valga, pero no aquí, en Penrose. Y lo de llevar pantalón no es delito, pero es de muy mal gusto. ¿A qué mujer se le ocurre ponerse ropa de hombre? —soltó con desprecio la abogada—. Que lo desconozcas es normal, pero te lo voy a explicar para que siempre lo tengas presente.

Beatriz prestó toda la atención posible a las palabras de la pastelera

—Todo esto viene de antaño, cuando la mujer se reveló de una sociedad patriarcal dominada por hombres. Ellos siempre se creyeron superiores, mas siempre fue pura ilusión. Las mujeres siempre hemos sido el sexo fuerte, y como tal tomamos el poder y la absoluta responsabilidad que ello implica.

»Y con la intención de desmarcarnos de esa especie de tutela, que ellos siempre han creído poseer sobre nosotras, decidimos dejar a un lado todo aquello que supusiera algún ápice de pertenencia o tenencia al hombre. Y, en consecuencia, el pantalón es la prenda que más lo define, pues jamás se pusieron faldas, salvo las escocesas. Y eso nos llevó a tomar por negativa el vestir tal prenda. Independientemente de sus preferencias sexuales, la mujer debe mostrarse como lo que es; femenina. ¡No hay más!

—Entiendo, por eso en este juicio no hay más que mujeres. Entonces —cambió de relato—, lo primero que tendría que haber hecho es entrar aquí con un vestido. ¿Cómo arreglo eso?

—Muy fácil. —La abogada se levantó y se dirigió hacia el asiento de Guadalupe Cantalejo que aún seguía saboreando la primera de las galletas—. Su señoría, ¿podría usted permitir que su sobrina, Tamara Castillo Cantalejo, entrase en la sala? Requerimos de manera urgente su intervención; los pantalones de mi defendida son horrorosos.

—¡Por supuesto que sí! ¡Ah, letrada! —la detuvo—. Una cuestión más. ¿Podrías añadirles a estas delicias una pizca de chocolate? —le sugirió a la abogada.

—Podría ser. ¿con leche o puro? —La jueza alzó la testa imaginando qué sabor tendrían y le respondió.

—Podrías hacerlas de esas dos variedades, o mejor aún; incluir en la misma caja distintos sabores.

—Gracias por su ayuda, su señoría, tomo nota —Carmen salió de la sala y entró acompañada por Tamara que portaba algo en sus manos—. ¿Cómo supiste lo del vestido? —la abogada defensora quedó asombrada ante la sonrisa de la modista que repetidamente se miraba las uñas en el momento en que aquella salía a buscarla—. Espera, que voy a sacar a la acusada.

Y con una nueva venia de la jueza, Beatriz salió, se cambió de atuendo y entró con el maravilloso vestido que la modista eligió. Cuando hizo su reentrada la jueza, ya iba por su tercera galleta y, al verla con el vestido, no pudo quedarse en silencio.

—¡Vaya! Así estás mucho mejor, muy femenina. ¿Señoras, proseguimos con el juicio? —Y de inmediato todas ocuparon posiciones, y después del receso una nueva mujer había en la sala.

—Sobrina, es de extrañar que te encuentres acá dentro. —A